

DEFECCIÓN DE PATRICIO RIVAS

Conducta de Guardiola. —Inaugurase en El Salvador la administración de don Rafael Campo. —La oposición se pone de acuerdo con él. —Portapliegos que envía a Nicaragua. —Conducta de Walker con éste. —Ejército filibustero. —Guatemala continúa sus inteligencias con Estrada. —Actitud enérgica de Costa Rica. —Inteligencias de Walker con los democráticos. —Se traslada el Gobierno a León. —Proclama que da. —Comisionados que envía. —Guerra con Costa Rica. —Acciones de Santa Rosa y Rivas. —Walker, derrotado, recibe refuerzos. —El cólera acaba con los costarricenses. —Reorganización de los legitimistas. —Expedición de Goicurua. —Inteligencias de Juárez con el Presidente Campo. —Trabajos de Vega en Guatemala. —Nombramiento del padre Vigil para ministro. —Walker se traslada a León. —Exigencias que tiene. —Proyecto de asesinarlo. —Noticia del recibimiento del padre Vigil. —Decreto de elecciones. —Regresa Walker a Granada. —Fuga del Gobierno. —Decreto de Walker. —Conducta del Gobierno salvadoreño. —Actitud de Costa Rica y Guatemala. —Aparece Estrada en Somotillo. —Desagrado que causa. —Llegada de las tropas auxiliares. —Walker se reconcentra.

Dejamos a Estrada refugiado en Honduras.

El General Guardiola, el leal soldado de la causa legitimista, acababa de ser electo Presidente del Estado; y tanto Estrada como sus amigos, que habían trabajado mucho por su elección, estaban muy llenos de ilusiones, pensando que les proporcionaría toda clase de auxilios.

Guardiola, ciertamente, recibía a sus antiguos amigos con cara muy placentera, y es posible que hasta les ofreciera alguna limosna, pensando en hacerles mucho favor; pero su actitud no fue la misma, cuando los legitimistas le reclamaron auxilios, de conformidad con el tratado de 1851. La neutralidad, la mala situación del país y otros pretextos semejantes, sirvieron de excusa para negarse en absoluto a toda intervención en Nicaragua.

No era ya Guardiola el proscrito que imploraba auxilios en Granada contra Cabañas. Si en aquel tiempo pudo ofrecer a los legitimistas su vida y fortuna, hoy creía concederles mucho con recibir sus visitas.

Lo que acontecía al ex Presidente Estrada y a sus infortunados amigos, es la historia de siempre. La humanidad por lo general piensa, siente y quiere de muy distinta manera, según la posición que ocupa.

Para que no quedara duda de su actitud, Guardiola prohibió a sus subordinados que escribiesen contra los filibusteros, alegando que no debían entrometerse en la política interior de los países vecinos; y poco después acreditó una Legación ante el Gobierno del señor Rivas. La Legación se regresó de Chinandega por temor del cólera; pero al verificarlo se dirigió oficialmente a Walker, protestándole que el Gobierno de Honduras no se mezclaría nunca en los asuntos de Nicaragua.

En enero de 1856 se inauguró en El Salvador la administración presidencial del señor don Rafael Campo.

El nuevo Presidente salvadoreño mostraba simpatías por los legitimistas; pero teniendo en contra un gran partido de oposición, acaudillado por Gerardo Barrios y Cabañas, que eran amigos y aliados de los democráticos, el señor Campo habría guardado una actitud pasiva, si Cabañas a su regreso de Nicaragua no hubiera llegado levantando el sentimiento público, contra Walker y los filibusteros y anunciando el peligro que amenazaba a todo Centroamérica.

El Presidente Campo, que no necesitaba de estímulo, fundándose en la inquietud general que había en todo El Salvador por la presencia de los americanos en Nicaragua, envió a Granada un portapliegos, a pedir al Gobierno del señor Rivas explicaciones sobre el aumento siempre creciente de la fuerza americana.

Walker y los filibusteros se mofaron del uniforme y modales del comisionado; y para más impresionarlo, se dispuso una solemne revista de la fuerza de la plaza.

En ese día (8 de marzo) había llegado también a Granada don Domingo Goicuria con un auxilio de doscientos cincuenta hombres, cuyo transporte fue de cuenta de la nueva Compañía de Tránsito. Las fuerzas americanas en ese tiempo, según confesión de Walker, pasaban de dos mil doscientos hombres, que a cien pesos mensuales, hacían un total de dos millones seiscientos cuarenta mil pesos anuales.

El Gobierno de Guatemala continuaba en inteligencia con Estrada.

Según comunicaciones que se publicaron en esos días, el ministro Aycinena había desaprobado muchas veces la terquedad de sus amigos legitimistas y también se había cansado en vano de predicarles tolerancia. Sin embargo, ante la presencia de los filibusteros, los hombres de Guatemala, alentaban nuevamente al ex presidente legitimista y lo excitaban a constituir su Gobierno, aún cuando fuera en un pueblo de Honduras, para reconocerlo y auxiliarlo.

Desgraciadamente Estrada ni podía regresar a Nicaragua, ni Guardiola le permitía que comprometiera la neutralidad hondureña.

El Gobierno de Costa Rica, más franco y enérgico, atacó rudamente a Walker por la prensa; y cuando éste alarmado de aquella agresión, envió comisionados a proponerle la paz, el Presidente Mora les volvió la espalda y dio orden de echarlos del territorio.

Tal era la situación de Centroamérica, cuando Walker rompió con el partido democrático y procuró atraer al legitimista.

Estrada, prestando oído a las indicaciones de Guatemala,

procuró entonces entenderse con los democráticos por medio de un comisionado; pero éste llegó demasiado tarde. Otros sucesos se verificaban entonces en Nicaragua.

El Presidente Mora, después de desairar a los comisionados de Walker, expidió con fecha 1° de marzo de 1856 una declaratoria de guerra en toda forma, contra el elemento filibustero que infestaba a Nicaragua.

Walker se vio sólo y trató de atraer nuevamente a su lado al partido democrático; pero el jefe de éste, que era Jerez, consentía en tomar su antiguo puesto, solamente que el Gobierno se trasladara a León, alegando intereses de localidad. Walker tuvo que aceptar.

El objeto era bien claro. Lejos de la influencia de Walker podían rebelarse contra éste y anular su poder.

El jefe filibustero exigió, sin embargo, del Gobierno del señor Rivas, que lo autorizara omnímodamente para hacer la guerra a Costa Rica, para confiscar las propiedades de los legitimistas y para imponer contribuciones.

Después de quedar revestido de facultades dictatoriales, Walker exigió aún que el ministro Ferrer, hechura suya, quedara también revestido del carácter de comisionado del Gobierno, con las mismas facultades que éste, para resolver por sí y con absoluta independencia cuanto fuera necesario en los departamentos de Oriente.

El Gobierno del señor Rivas se trasladó a León, y su primer acto fue una proclama, en que protestaba sus sentimientos pacíficos para con los Gobiernos de Centroamérica.

En seguida, nombró comisionados ante los Gabinetes de San Salvador y Comayagua a los señores don Gregorio Juárez y don Rafael Jerez, respectivamente, con instrucciones para celebrar dos tratados; uno público que engañara a Walker, y

otro reservado, en el que se estipulara la alianza contra él.

Esta fue la causa ostensible después, por qué los democráticos no pudieron entrar en arreglos con los legitimistas, calculando que con ellos alarmarían inútilmente al enemigo común, entonces en la plenitud del poder. Es posible también que los animaran otros sentimientos, no del todo ajenos a intereses de círculo, puesto que tan exaltadas se hallaban todavía las pasiones políticas.

Walker quiso anticiparse a Costa Rica y mandó una columna de doscientos cincuenta hombres que fuera a tomar posiciones al territorio enemigo.

Los costarricenses venían también con el mismo proyecto y ambas fuerzas se encontraron en la frontera.

Descansaban confiados y desprevenidos los filibusteros, en la hacienda Santa Rosa, cuando en la tarde del 21 de marzo se presentó la vanguardia costarricense, los sorprendió y los derrotó en pocos momentos. El ejército vencedor avanzó persiguiéndolos hasta Rivas.

Aquel desastre tan inesperado, puso a Walker fuera de sí; y la noticia, que circuló por todas partes, fue como una palabra de aliento para los centroamericanos, convencidos con aquel hecho de que los esfuerzos que hicieran contra los filibusteros podrían alcanzar buen éxito.

Walker inmediatamente se puso en marcha para Rivas a la cabeza de quinientos cincuenta hombres escogidos, con los cuales se propuso sorprender a Mora; pero éste rechazó el ataque el 11 de abril y derrotó a Walker, que habría sido deshecho del todo si lo persigue hasta Granada. Los filibusteros tuvieron ciento veinte bajas en la acción de ese día.

Al mismo tiempo que Mora avanzaba sobre Rivas, un cuerpo de costarricenses se dirigía por tierra y por la vía de Alajuela

sobre el río San Juan; pero la fortuna les fue del todo adversa en aquel punto.

Diez días después de estos sucesos, se aumentaron las tropas de Walker con nuevos refuerzos llegados de los Estados Unidos; mientras los costarricenses, invadidos del cólera, concluyeron lastimosamente. El brillante ejército de éstos, a cuyo vigoroso empuje huyeron despavoridos los feroces invasores, tuvo que retroceder precipitadamente, dejando un reguero de cadáveres desde Rivas hasta San José, y haciendo extensiva la epidemia al generoso pueblo que, sin la iniciativa de nadie, tomó a su cargo la expulsión del filibusterismo en Centroamérica.

En el mismo mes de abril, los legitimistas empezaron a organizarse en pequeñas guerrillas en las montañas de Chontales y Matagalpa.

Walker hizo salir a Goicuría, a quien había nombrado Brigadier e Intendente General de Hacienda, a pacificar Chontales. Goicuría verificó su estreno en aquellos indefensos pueblos, de una manera digna de la causa que servía. Fusiló a varios desgraciados para sembrar el terror, y su huella como la del tigre, quedó señalada por un rastro de sangre.

El 29 de mayo supo Walker por un americano, que había estado enfermo en León, que don Patricio y sus compañeros conspiraban contra él. La noticia aunque basada en simples conjeturas de quien la daba, se confirmó en el ánimo de Walker, por un correo que sorprendió con cartas del Presidente Rivas para Mora, en las que se hablaba de amistad y se proponía el envío de un comisionado para el arreglo de la paz.

En el entretanto, el comisionado Juárez se presentó en El Salvador; pero el señor Campo se negó a recibirlo oficialmente. En lo privado, sin embargo, le manifestó que no podía reco-

nocer al señor Rivas como Presidente de Nicaragua, mientras obrara bajo la presión de Walker: que si salía de Granada y se trasladaba a León y allí daba un decreto resumiendo la Comandancia General, no sólo ofrecía reconocerlo, sino que le prestaría el apoyo de quinientos hombres situados en Cholulteca, y procuraría, además, obtener el concurso de Guatemala y Honduras que creía conseguir.

Juárez quedó de comunicar todo aquello; pero como en el caso de que se descubriera el plan, Walker fusilaría a Rivas y a Jerez, se convino en que el proyecto no se le revelaría a nadie y en que Juárez se retiraría a San Vicente, y se expresaría en desagrado del señor Campo. Todo se hizo como se convino, y la prensa amiga de los democráticos, engañada por las apariencias, se desató en injurias contra el Presidente salvadoreño.¹

Tan luego como Rivas se enteró de los deseos del señor Campo, llamó a Jerez y ambos exigieron de Walker la traslación del Gobierno, como medida previa de conciliación.

Mientras tanto, don Fulgencio Vega, comisionado de Estrada, se presentó en Guatemala el 3 de abril de 1856, y a sus esfuerzos se debió el que el Coronel don Víctor Zavala fuese enviado de Cojutepeque a anunciar al Gobierno salvadoreño, que el 5 de mayo inmediato saldría la primera división auxiliar para Nicaragua, pasando por aquel territorio. El Presidente Campo concedió el permiso y ofreció enviar otra de El Salvador.

Walker tan luego como fue informado del desastre de Santa Rosa, hizo que Rivas nombrara Ministro Plenipotenciario de Nicaragua, ante el Gobierno americano, al cura de Granada

¹ Carta inédita del ex Presidente don Rafael Campo al autor de este libro — (N. del A.)

don Agustín Vigil, quien salió para los Estados Unidos el 18 de abril del mismo año, llevando de secretario a un tal Sigaud, acusado de robos y falsificaciones. El partido esclavista de los Estados Unidos apoyaba a Walker, y aprovechando el estado en que se hallaba la cuestión inglesa, se prometía hacer reconocer al Gobierno del señor Rivas, tan pronto como apareciera un hijo de Nicaragua representándolo.

Después de la salida del cura-diplomático, Walker, acompañado de Goicuria y de otros jefes, se dirigió a León, a la cabeza de doscientos americanos.

El 4 de junio hizo su entrada a la antigua capital del Estado, en el centro de una concurrencia numerosa y al parecer entusiasta, que fue a encontrarlo; pero en medio del general regocijo, Walker que ya iba prevenido, creyó observar que los amigos del Gobierno no estaban gustosos del entusiasmo del pueblo; que el aspecto de Jerez estaba nublado, y que don Patricio se mostraba menos franco y expresivo que otras ocasiones.

Durante el mes de abril se habían practicado elecciones para Presidente y éstas habían rolado entre Rivas, Jerez y Salazar. Walker exigió que se declarasen nulas dichas elecciones y que por votación directa se le eligiera Presidente de Nicaragua.

Rivas y Jerez se opusieron, y Walker les pasó un *ultimátum* para el día siguiente.

Jerez, llevado por su carácter impetuoso, concibió el pensamiento de asesinarlo, y con once democráticos de los más decididos, se preparó el día siguiente en el despacho del Gobierno, resuelto a llevar a cabo su proyecto. Las juiciosas observaciones del General Guerrero le disuadieron de su propósito; y el 10 de junio de 1856, expidió el Gobierno un de-

creto, en que mandaba practicar nuevas elecciones y ordenaba que la votación fuera directa.

Estando Walker en León, llegó la grata nueva para él, de que el Gobierno americano había reconocido el del señor Rivas y recibido oficialmente al cura Vigil.

El jefe filibustero olvidó con esta buena noticia sus recelos anteriores y regresó a Granada el 11 de junio; dejando un piquete de doscientos americanos, al mando del Coronel Natzmer, para la vigilancia de los democráticos, de quienes desconfiaba mucho.

Apenas se retiró Walker, el General Salazar y otros amigos de Jerez recorrieron los arrabales, haciendo circular el rumor que los americanos querían destruir el obispado y asesinar al Presidente y a sus ministros, con lo cual pusieron en agitación las masas del pueblo leonés. Al favor de esta agitación, que obligó a Natzmer a ocupar las torres de la Catedral, creyendo que iba a ser atacado, pudo el personal del Gobierno escapar para Chinandega.

Jerez se ocupó inmediatamente en organizar las tropas que pudo reunir y en dar parte al Gobierno de El Salvador de todo lo sucedido, para que enviara las fuerzas auxiliares ofrecidas a Juárez.

Walker, inmediatamente que tuvo noticia del suceso de León expidió un decreto en que declaraba traidores a don Patricio Rivas y a su Gabinete, y nombraba presidente provisional a don Fermín Ferrer.

El 25 del mismo mes, el Gobierno de El Salvador, consecuente con su ofrecimiento, declaraba la guerra a Walker y se constituía en aliado del Gobierno nicaragüense, presidido por el señor Rivas. Éste a su vez, declaró traidor a Walker en la propia fecha.

En el mismo mes, el Gobierno de Costa Rica se dirigió a los de Centroamérica, manifestándoles que a pesar de las desgracias anteriores y de los millares de hombres que le arrebató el cólera, estaba pronto a invadir a Nicaragua. Los excitaba a imitar su ejemplo y a defender la autonomía centroamericana, aunando sus esfuerzos.

Por su parte el Gobierno del señor Rivas, derogó el decreto de 10 de junio sobre la elección directa; y con fecha 25 del propio mes, declaró traidor a Walker y a los que le siguieran.

El Gobierno de Guatemala, que había adelantado sus tropas hasta el territorio salvadoreño, al mando del General Paredes, cuando supo la conducta observada por el Presidente Rivas y el reconocimiento que de su Gobierno había hecho el de El Salvador, se apresuró también a reconocerlo y a celebrar alianza con él y con los demás de Centroamérica.

Mientras tanto Estrada, que descansaba en los ofrecimientos de Guatemala, se internó a Nicaragua el 21 de junio e inauguró de nuevo su Gobierno en Somotillo. Lo rodeaban unas cuantas guerrillas legitimistas, y volvió a la palestra con su eterna cantilena de *legitimidad o muerte*. La presencia de Estrada, con semejante demanda, cuando Centroamérica toda aunaba sus esfuerzos por una causa más grande, hizo muy mala impresión en todas partes. Estrada, cegado por la pasión no reflexionaba.

La misma *Gaceta de Guatemala*, antes entusiasta defensora de Estrada, se mostró contrariada con la conducta de éste, y para que no se culpase al Gobierno de Guatemala de aquel extraño procedimiento, publicó las comunicaciones que en distintas fechas se habían dirigido al jefe legitimista, aconsejándole un arreglo amistoso y el que fuera menos intolerante con sus enemigos.

La *Gaceta de Honduras*, órgano del General Guardiola,

amigo de los legitimistas, censuró también, en el número 54 de aquel año, al señor don Pedro Joaquín Chamorro, porque como Ministro General del Gobierno de Estrada, instaba todavía porque se reconociera a éste, cuando ya el Gobierno de El Salvador apoyaba resueltamente al del señor Rivas con fines más patrióticos.²

La presencia de Estrada en los departamentos de Occidente, con aquella exigencia, fresca todavía la sangre derramada en la lucha del 54, levantó el espíritu lugareño de aquellos pueblos. Una partida de democráticos lo sorprendió en el Ocotol el 13 de agosto de 1856 y puso fin a sus días, asesinandolo bárbaramente como se usaba entonces.³

El 12 de julio llegó a León la primera columna salvadoreña al mando del General Belloso y el 18 la de Guatemala.

Walker, atacado por distintos puntos, reconcentró sus tropas a Granada, Rivas y río San Juan.

² He aquí algunos de los conceptos de aquel periódico: «*Se han recibido en el Ministerio de Relaciones Exteriores, comunicaciones del señor don Pedro Joaquín Chamorro, instalado por el señor don José María Estrada como Ministro General, del Gobierno legítimo constitucional de Nicaragua. En esas comunicaciones se pide el reconocimiento del Gobierno de Honduras para el del señor Estrada. Para esto se presenta la dificultad de que ya el señor Rivas está reconocido por El Salvador y por el mismo Honduras y que es imposible a estos Gobiernos volver atrás en un paso de esta naturaleza. Nunca creímos que se escogiera tan inoportuna ocasión para hacer valer pretensiones que, cualquiera que sea el grado de justicia en que se apoyen, sólo pueden traer embarazos, complicaciones y dificultades para el feliz desenlace de la gran cuestión que interesa a todo Centroamérica en Nicaragua (...) El mundo tiene los ojos fijos en Centroamérica y nos llena de aflicción el concepto que va a formar de nosotros por nuestras irreconciliables discusiones en momento tan supremos.*»

³ Estrada fue muerto, por desgracia, cuando sostenía animada y patriótica correspondencia con los jefes democráticos, tratando de arreglar las diferencias existentes para unir sus esfuerzos contra Walker. Su lenguaje no respiraba mala voluntad y sólo parecía preocuparlo la suerte de su país—(N. del A.)